

Actas del
VI Congreso Internacional
***CELEHIS* de Literatura**
Literatura argentina, española y latinoamericana



(Rufino Tamayo, Sandías, 1968)

6, 7 y 8 de noviembre de 2017
Mar del Plata, Argentina



Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti. - 1a ed . - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-817-9

1. Estudios Literarios. 2. Actas de Congresos. I. Acosta, Ricardo, II. Forace, Virginia P., comp. III. Pasetti, María Pía, comp.

CDD 807

Fecha de catalogación: 21/03/2018

ISBN 978-987-544-817-9



9 789875 448179



CENTRO DE LETRAS HISPANICAS

Facultad de Humanidades / UNMSM
Portal de Encuentros

Actas del VI Congreso Internacional

Celefhis

de Literatura

ISBN 978-987-544-817-9

De mestizajes y racismos: *Corazón mestizo. El delirio de Cuba* de Pedro Juan Gutiérrez en el debate racial actual

Julieta Kabalin Campos

UNC-CONICET

Corazón mestizo. El delirio de Cuba de Pedro Juan Gutiérrez fue lanzada en 2007 por Editorial Planeta y es catalogada en la página oficial del escritor, junto con *Vivir en el espacio*, como una de sus obras de “no-ficción”. Siguiendo las indicaciones del propio autor, ésta puede leerse como una crónica o un relato de viaje que expone el recorrido que el narrador realizó por Cuba en el año 2006 con el objetivo de retomar una práctica abandonada desde que dejó su oficio de periodista, aunque esta vez con la posibilidad de dejarse “llevar por el azar, sin programa alguno” (8). De este modo, Gutiérrez anticipa en su prólogo que el libro es una colección de “apuntes de un viaje múltiple y simultáneo: por dentro de Cuba y, al mismo tiempo, por el interior de [su] gente y de [sí] mismo” (7). Aunque el tono despreocupado configurado por el narrador sugiera una invitación desinteresada por la isla, otra línea de abordaje es posible, aquella que ponga atención en lo que el título deja deslizar como problema. Gutiérrez coloca una vez más en el tapete del mundo literario la noción – recurrente y problemática – de mestizaje y, en esta elección, entendemos, existe una toma de posición particular en torno al debate racial que este trabajo buscará explorar y problematizar.

En este sentido, otros elementos del prólogo llaman nuestra atención. Si, por un lado, no se alude directamente a lo que se puede suponer el principal tema de la narrativa, es decir, la propuesta de una definición de lo nacional como mestizo; por otro,

advertimos un esfuerzo del narrador por definir su práctica. La experiencia de la escritura, se presenta como una tarea –en el sentido del “deber ser”– agotadora, al mismo tiempo que como un impulso incontrolable y, por lo tanto, “inevitable”. Este doble sentido de la escritura, como mandato y como impulso involuntario, configuran, finalmente, una experiencia angustiante para el escritor, que afirma: “¡Qué horror! Nadie imagina qué doloroso es descubrir siempre, una y otra vez, el lado oculto y salvaje de sí mismo y de la gente que me rodea. Pero todo indica que seguiré así hasta el final. Con el látigo, flagelándome, libro tras libro” (10).

Como vemos, hay una clara exaltación de la figura del escritor en tanto portador de una facultad diferencial: la de revelar una verdad oculta o inconfesable. ¿Será en esta clave que debemos enfrentar la lectura sobre el tema racial y nacional anticipado desde el título? ¿Estamos frente a la revelación o el desocultamiento de algún tipo de “perversión”, “secreto o lujuria inconfesable”?

En la historia del pensamiento latinoamericano y caribeño – con diferentes matices, denominaciones y desdoblamientos –, la idea del mestizaje puede rastrearse como un emergente insistente. Desde Martí, pasando por escritores como Guillén o Arguedas; intelectuales como Ortiz, Cornejo Polar o Rama; o bien pensadoras como Rivera Cusicanqui o Anzaldúa –y aquí estamos ampliando el ámbito de las reflexiones si acordamos en que lo ch'ixi y lo chicano, respectivamente, no pueden tan fácilmente asociarse a lo latinoamericano–; entre muchos otros, han colocado el tema del mestizaje en el centro de sus reflexiones. A la luz de los extensos debates que aún hoy continúan dándose en torno a este concepto problemático (Wade 2003, Romay 2014); la propuesta de Gutiérrez, al menos, resulta llamativa.

A lo largo del relato analizado, encontramos pocos momentos donde se aluda directamente al tema del mestizaje. Sin embargo, en un pasaje del capítulo cuatro, el

narrador deja plasmado, en un desarrollo muy explícito, su concepción en torno al tema. En este pequeño fragmento, partiendo de una argumentación de carácter histórico, se propone una definición étnica –debería decirse racial– determinante de la cubanidad. Según Gutiérrez, es la economía azucarera la que forjó la matriz “étnica” nacional al introducir la población negra en la isla: “Los esclavos africanos fueron traídos a Cuba – y a otras zonas del Caribe y Brasil– a partir del siglo XVI porque es un trabajo tan brutal que personas muy fuertes y resistentes pueden hacerlo” (59). De este modo, sin demasiadas problematizaciones –con ello, nos referimos a la omisión de las violencias que esta mezcla supone y no se explicitan, desde el desarraigo cultural que implicó la esclavización hasta las violaciones ejercidas por hombres blancos y sufridas por mujeres negras como una de las principales causas de la mezcla interracial– es explicado lo que para él constituye la mezcla fundamental de la nación. Y el narrador insiste: “Ese mestizaje entre africanos superseleccionados y europeos define toda la cultura cubana. Somos mestizos de sangre y de espíritu. Y eso es una posición ante la vida” (59).

No es una elección insólita ni mucho menos casual la de asociar lo mestizo a lo nacional. En realidad, podríamos decir que se trata de todo lo contrario. Existe una amplia tradición que sostiene esta alianza en América Latina y el Caribe. En el ámbito de la literatura, es ineludible la figura de Cornejo Polar que ya nos advertía sobre los riesgos que implicaba el uso de ciertas categorías extrapoladas de otras áreas de conocimiento y, en particular, sobre el uso de la categoría de mestizaje. Al autor le preocupaba el carácter falsificador de esta noción en la medida en que ofrece “imágenes armónicas de lo que obviamente es desgajado y beligerante, proponiendo figuraciones que en el fondo sólo son pertinentes a quienes conviene imaginar nuestras sociedades como tersos y nada conflictivos espacios de convivencia” (867). En una línea similar, Raúl Bueno se ocupa del tema acusando de “genocidio virtual” a un tipo de utilización

que se ha hecho del concepto para proponer una solución al problema del indio, principalmente, pero también extensible al del negro en América Latina. Esta opción constituye, para él, una solución maligna aunque revestida de benignidad que consiste en “eliminar las razas reputadas de inferiores mediante su absorción sistemática por un mestizaje que las cubra y suplante” (142).

En Cuba, este tipo de reflexión no ha sido ajena a las preocupaciones de los intelectuales. En un estudio reciente, por ejemplo, Zuleica Romay alerta sobre el uso amortiguador de figuras como las del mulato y del mestizo en el contexto iberoamericano en la medida en que “el discurso del mestizaje también fue un modo de racionalizar y asimilar míticamente la subalternidad racial y cultural” (61). Sin embargo, para la autora, Cuba cuenta con una particularidad. La fuerte visibilización política de negros y mulatos en el tardío proceso de independencia ligado, además, a la lucha abolicionista, impidió la emergencia de un discurso aplanador de las diferencias y los conflictos raciales como resultó ser el del mestizaje en la mayoría de los países del continente. Por el contrario, en la isla las representaciones de lo nacional “no requirieron construirse en torno a un híbrido equilibrador de colores y culturas. La gesta independentista (...) cimentó lo cubano en el sentimiento nacionalista y anticolonial, redujo brechas clasistas y dibujó jerarquías no necesariamente asociadas al color” (64). En el caso cubano, “el ideal de igualdad racial se incorporó al discurso legendario de la sociedad como mito tranquilizador” (64).

Teniendo en cuenta estas particularidades del caso cubano, resulta difícil concluir fácilmente que Gutiérrez se alinea tan sólo a una tradición de larga data al proponer una relación indisoluble entre lo nacional y lo mestizo. Sin embargo, resulta evidente que una definición tan armoniosa y poco problemática de mestizaje como la que pudimos

reconocer en la propuesta de Gutiérrez es la que le permite al narrador autoafirmarse y reconocerse como representante de un ser nacional característico:

Yo soy mestizo, de sangre, de cultura, de sicología, de espíritu (...) Dentro de mí suenan al mismo tiempo Beethoven y los tambores yorubá, Hemingway, Kafka y los relatos orales que me hacía mi abuelo de las islas Canarias y una negra vieja que fue esclava en aquella finca de Pinar del Río y siempre se refería a espíritus y muertos africanos ancestrales.

Ser mestizo es vivir en el caos y la alucinación de esa mezcla fascinante que acabo de esbozar. Quizá por eso los cubanos siempre somos delirantes (60)

Ahora bien, como esta cita permite entrever el supuesto equilibrio otorgado por la simultaneidad de elementos que conviven en un mismo cuerpo comienza a desgajarse cuando advertimos qué elementos se destacan de las dos “razas” que componen la “delirante” mezcla cubana. La precisión de nombres de una cultura blanca prestigiosa contrasta con el anonimato e imprecisión de los representantes de la cultura negra, que sólo cuentan con una referencia común: el tambor y la religión (si tomamos lo “yorubá” en su sentido restringido). Al mismo tiempo, aunque ambos sean rescatados por su aporte oral, otras desigualdades se deslizan en el contrapunto entre la declaración de un vínculo familiar (el abuelo español) y la alusión a una mujer anónima que sólo existe como fuente de historias de antepasados que no son propios (la negra vieja que cuenta con un pasado de esclavización). Pero, además, la armonía de esta afirmación comienza a fracturarse cuando a lo largo del texto el propio narrador debe admitir, por ejemplo, que está en un “...país machista, racista, verticalista y autoritario” (94)”; o cuando a pesar de no “querer enjuiciar ni juzgar” (60) él mismo deja en evidencia sus propias valoraciones que esconden matrices de jerarquías sociales y, por qué no raciales, si pensamos en la distribución histórica de los cuerpos, los saberes y culturas. Por ejemplo, cuando en uno de sus viajes, el narrador, un escuchador de música clásica, ve perturbada su tranquilidad con una de las músicas más populares de la isla: “... pone

reguetón a todo volumen. Es insoportable. La necesidad del ruido, necesitan entorpecer la mente. El sol apenas ha salido y ya me rompen los tímpanos con esa música repetitiva y absurda” (67). De igual manera, esto ocurre cuando manifiesta su empatía con la travesti Babi que visita en Guanabacoa: “Es un barrio de los arrabales. Todos los barrios son así. Reguetón sobre todo. Babi se disculpa, un poco apenada tal vez de vivir en un lugar demasiado vulgar” (166).

El mestizaje cubano se presenta con mayor claridad cuando se habla de sincretismo religioso. Varios pasajes están destinados a remarcar este tipo de relación advirtiendo las equivalencias existentes entre santos o personajes bíblicos y orixás: San Lázaro y Babalú Ayé (85), Francisco de Asís y Orula (95), la Virgen negra o Virgen de Regla y Yemanyá (153-154). Sin embargo, la mezcla se torna menos homogénea cuando en boca del narrador o de alguno de los personajes nos encontramos frente a concepciones claramente sexualizadas sobre la raza, con expresiones del tipo: “son dos negras hermosas”, “te quedaste bobo con esa mulatica”, “dando mordiditas en los pezones de las mulatas sabrosonas” (132), “era un indio negro, más bien feo, musculoso, pero con un aparato descomunal. Le colgaba hasta la rodilla” (150). Esto acontece incluso cuando se destacan atributos intelectuales del sujeto en cuestión: “Es una negra grande, saludable y sonriente, avispada y despierta. Con pechos voluminosos” (21). En ocasiones, el elemento racial emerge como criterio de valoración y de acción en determinadas situaciones aunque sean cuestionadas: “-Y a ustedes les gustan las negras. Están del carajo! / - No jodas Anselmo. Vas a ponerte con ese racismo a estas alturas?” (66); y otras veces resulta el elemento ineludible de una anécdota: “si eras negro, no te dejaban entrar. Sólo aceptaban a blancos, bien vestidos, que se pusiera de manifiesto a simple vista que eran personas 'decentes y correctas'. Al

parecer nosotros cumplíamos los requisitos” (106)”. La desigualdad y la diferencia racial aparecen una y otra vez minando la supuesta armonía del mestizaje cubano.

En relación a este punto, resulta interesante pensar en la problematización realizada por Peter Wade a la tan consensuada idea de que la noción de mestizaje únicamente ha funcionado como una ideología nacionalista blanqueadora. Sin descartar esta posibilidad, el antropólogo defiende la necesidad pensar en múltiples mestizajes posibles y en “ir más allá de la idea del mestizaje como proceso de exclusión disfrazada” para entender por qué esta idea ha logrado ser tan efectiva en la construcción de diferentes imaginarios nacionales latinoamericanos (277). En consonancia con esta perspectiva, resulta válido recuperar la clasificación realizada por Roberto Zurbano para entender los diferentes modos de asumir la problemática racial en el campo literario cubano. Para el autor, es posible identificar tres: 1) negación de la complejidad racial cubana sumado a la marginación e invisibilización del aspecto negro; 2) deformación fundada en presupuestos ideológicos racistas; 3) trabajo con limitaciones conceptuales epistemológicas e ideológicas (111-112). Según Zurbano, estos aspectos han conformado un “muro triangular” de contención donde “los temas raciales quedaron aprisionados en el silencio, en las letras cubanas, durante todo un siglo” (112). Es importante considerar que esta mirada aprisionada que ha marcado la literatura cubana se vincula, sin dudas, con la configuración de un particular imaginario nacional en la isla. Las especificidades de la historia cubana ofrecen un escenario diferencial en torno a la problemática racial. Si por un lado, como señalamos con Romay (2014), la idea de nación cubana se construyó a partir de un efectivo “mito de la igualdad racial” que disimuló la continuidad de las relaciones coloniales sobre todo en el periodo republicano (1902-1959); el verdadero quiebre en material racial así como en otros planos de la vida social llegaría a Cuba sólo en 1959 pero sin lograr desarticular

completamente las representaciones y estructuras racistas tan enquistadas en el imaginario nacional. De este modo, a pesar de los innegables avances que han existido en materia de políticas de Estado contra el racismo señalados por numerosos estudiosos (como Romay, Feraduy Espino, Fernández Robaina, etc.), “la plena igualdad racial no ha sido aún establecida” (Romay: 236). Por el contrario, y ahora convertido en un tema tabú por su supuesta superación, persiste una dimensión subjetiva del racismo que continúa actuando como factor de relegación social de ciertos sectores de la población (Romay: 269).

En este sentido, el relato de Gutiérrez despliega un juego zigzagueante entre los puntos de muro contenedor descrito por Zurbano. Esto en la medida en que se presenta como una narrativa que va de un lado al otro entre la exposición de una intencionalidad supuestamente desprejuiciada que ingresa en el debate ignorando las diferencias y disputas constitutivas de la sociedad cubana, la construcción de un relato que hace uso de la reproducción y banalización de estereotipos racistas, y la limitada exploración de las bases ideológicas y epistemológicas que sustentan estas posiciones conflictivas. Pero, por otro lado, advertimos, en la elección de esta temática como eje de su narración, un uso estratégico de un debate silenciado que le permite colocarse nuevamente como portador de un saber diferencial. Este lugar no sólo le permitirá autolegitimarse aliándose con una tradición bien distinguida de intelectuales (entre ellos, Ortiz y Carpentier) como, una y otra vez, exaltar su propio lugar de enunciador, como aquel capaz de revelar los aspectos más secretos de la sociedad cubana.

Referencias bibliográficas

Bueno, Raúl (2012). “Genocidios virtuales. Mestizaje y modernización”- En *Promesa y descontento de la modernidad*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.

- Cornejo Polar, Antonio (2002). "Mestizajes e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes". En *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVIII, No. 200, Julio-Septiembre 2002, 867-870.
- Gutiérrez, Pedro Juan (2007). *Corazón mestizo. El delirio de Cuba*. Barcelona: Ed. Planeta.
- Feraday Espino (org.) (2015). *¿Racismo en Cuba?*. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales.
- Fernández Robaina, Tomás (2012). *El negro en Cuba. Colonia, República y Revolución*. La Habana: Ediciones cubanas.
- Romay, Zuleica (2014). *Elogio de la altea o las paradojas de la racialidad*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Wade, Peter (2003). "Repensando el mestizaje". En *Revista Colombiana de Antropología*. V 39, enero-diciembre 2003, 273-296.
- Zurbano, Roberto (2006). "El triángulo invisible del siglo XX cubano: Raza, literatura y nación" en *Temas* no. 46: 111-123, abril-junio.